



UNIVERSIDAD DE LEÓN

Departamento de Filología

Hispánica y Clásica

El Libro II de Don Tristán de Leonís: ideas sobre el amor y el matrimonio", *Estudios Humanísticos: Filología*, 12 (1990), pp. 11-24.

estudios humanísticos filología

1990 12

universidad de león

facultad de filosofía y letras



EL LIBRO SEGUNDO DEL TRISTAN DE 1534: IDEAS SOBRE EL AMOR Y EL MATRIMONIO

M. Luzdivina CUESTA TORRE
(Universidad de León)

Resumen:

En este artículo se analizan las ideas sobre el amor y el matrimonio que aparecen en el "Libro Segundo" del Tristán sevillano de 1534. Para ello se verá su encuadre dentro de la tradición promatrimonial castellana, el establecimiento de varios tipos de amor según sea su relación con el matrimonio, la utilización de la ideología del amor cortés, la postura del autor ante la mujer y la elección de marido, el ritual del desposorio y de la boda y las connotaciones sociales que implica el cambio de estado.

Palabras clave:

Actitud promatrimonial, amor cortés, mujer, ritual, sociedad.

Abstract:

The aim of this article is to examine the love and marriage ideas that appear in the "Libro Segundo" of the Spanish edition of 1534 of *Tristán*. In this way, it is interesting to observe the Castilian tradition in favour of marriage, the kinds of love mentioned in the book, the usage of courtly love, the author's thought about women and their choice of a husband, the ritual of marriage and its associated events, such as social promotion.

Keywords:

Position in favour of marriage, courtly love, woman, ritual, society.

Durante muchos siglos el matrimonio y el amor han constituido ideas disociadas en la cultura europea. Se consideraba que no era siquiera necesario

Encontramos cuatro tipos de amor, definidos todos ellos por su relación con el matrimonio: los amores adúlteros, los amores extramatrimoniales no adúlteros, los amores no correspondidos, y el verdadero amor, que culmina siempre con la boda y que nace ya con este propósito. A primera vista pudiera parecer que los amores no correspondidos no establecen ninguna relación con la idea de matrimonio, pero al analizar los ejemplos que aparecen en el texto resulta evidente que se trata siempre de amores que fracasan porque, o bien el amor se dirige hacia una persona que no está dispuesta a casarse y no quiere realizarlo sin pasar por la legalización de éste (caso de Tristán frente al amor de Loringa: como remedio Tristán aconseja al hermano de Loringa que la case pronto), o bien porque es la persona enamorada la que, ante la falta de intención matrimonial del otro, renuncia a él (caso de Esforcia, enamorada de Tristán). Esta segunda actitud es ardientemente elogiada por el autor:

“¡O [h] , buena donzella y gran señora! ¿qué se puede dezir de vos, salvo que assí como sois gran señora y estremada en hermosura, muy más grande sois en el ánima, y muy más hermosa en las virtudes?”⁶.

También fracasan, de modo parecido, los amores adúlteros. En el libro se nos presenta a dos grandes señoras, la reina Ginebra y la duquesa de Fenicia, que se enamoran de Tristán. En este caso el matrimonio es imposible, puesto que ellas ya están casadas, y Tristán tiene en más su castidad que la piedad que siente por los sufrimientos de las damas:

“Amiga Elia, dixo el rey, si la duquesa muriere como murió su donzella, a mí me pesará estremadamente; pero no soy a Dios en culpa d’ello. Si bien me queréis, no me habléis en esso ni en cosa que le parezca”. (p. 1101).

La reina Ginebra no recibe mejor tratamiento que la duquesa y todos sus esfuerzos por declarar su amor a Tristán se estrellan contra la muralla de que éste se rodea, previniendo las maniobras de la reina. En este caso, su deseo de mantenerse casto para no ofender a Dios se ve reforzado por el horror que le inspira la posible traición al rey Artur, que es quien le ha hecho caballero⁷.

Resulta muy sorprendente la actitud del autor ante los amores extramatrimoniales no adúlteros, pues, al contrario de lo que ocurre en otros libros

(6) M. Luzdivina Cuesta, *Don Tristán de Leonís: el texto de la edición sevillana de 1534*, León, Memoria de Licenciatura, 1989, pp. 799-800. Citaré por esta edición en lugar de hacerlo por el impreso de 1534.

(7) El caballero debía a aquél de quien había recibido la orden de caballería un respeto y una fidelidad semejante a la que se debe a los padres. Véase Luis Alberto de Cuenca, *Floresta Española de Varia Caballería*, Madrid, Editora Nacional, 1975, p. 232.

de caballerías, donde son moneda corriente, sólo uno se nos presenta en el libro: la reina Trinea se enamora de Tristán y se ofrece a éste a través de su doncella. Ante la negativa del rey a faltar a la castidad, pone en práctica la estratagema de introducirse en su cama sin su consentimiento. El rey, en esta situación, es derrotado por la pasión y cumple los deseos de ella. Como dirá el mismo Tristán mucho más adelante, ante el amor, el remedio más seguro es huir⁸. Trinea queda embarazada y se ve obligada a regresar a su país para encubrirlo. El autor pone muy de manifiesto que no ha existido matrimonio secreto, resaltando que en la unión faltó el consentimiento de Tristán⁹, quien se vio vencido de la naturaleza. No obstante, llama la atención del lector sobre el hecho de que de esta unión física nació el amor¹⁰. Sin embargo, el desarrollo posterior de la novela hace ver la clase de amor que es. En efecto, Tristán no se vuelve a acordar de ella más que para prevenirse contra la reina Ginebra, al ver que sus primeros manejos coinciden con los de Trinea (p. 943). Es preciso que Sargia le diga que está en guerra para que recuerde su amor y vaya a ayudarla. Pero, asombrosamente, no se da a conocer y, tras derrotar a sus enemigos, se vuelve a su país sin saludarla. Cuando Sargia le pregunta por qué ha actuado así, responde:

“Sabed, señora, que siempre tuve determinado de no conocer más de la muger que Dios me diesse, y no otra ninguna. Y si yo conocí a la reina, Dios sabe que fue contra mi voluntad y forçado; y agora que tuve libertad, quise gozar d’ella. Bien sé que ofendí a la reina Trinea, pero más quiero ofenderla que ofender a Dios”. (pp. 1162-1163).

El amor fuera del vínculo que lo sacraliza se muestra así también como un fracaso. No está destinado a durar. Trinea pudo conseguir sus fines momentáneamente, pero acabó perdiendo el rey don Tristán, cuyas protestas de amor por ella habría que entender como muestras de un afecto verdadero y de una fuerte atracción física, pero no como amor. El autor establece una dependencia del amor respecto al matrimonio, pues éste no es verdadero sin aquél. En el caso de la princesa Iseo, que se casa obedeciendo a su hermano, el amor aparecerá después, como demuestra la “Tabla de los Leales Amadores” (p.1247). Sin embargo, en el resto de los amores triunfantes puede decirse que, aunque el enamoramiento es anterior, el sentimiento y

(8) “Mirad Elia que he sentido / de la batalla de amor / que el que huye es vencedor, / y el que espera es el vencido”. p. 1101.

(9) El consentimiento y la intención son las bases del matrimonio según Alfonso X (*Las siete partidas, Partida IV, Tit. II, Ley V*).

(10) “Tres cosas avéis de saber y notar: la una es que el rey don Tristán y Trinea, la reina de las amazonas, eran de cada dieziocho años; y la segunda, que estos amores se efectuaron contra la voluntad del rey; y la tercera, que la reina, que era donzella, quedó hecha dueña, y el rey tan contento d’ella y tan enamorado que pocas eran las noches que no se vían”. (pp. 841r-842).

la idea de realizarlo mediante el matrimonio surgen a la vez. Así sucede con Plácido y Tulia, don Palante y Esforcia, Félix y Talancia, el Franco y Verónica y Tristán y doña María. Cuando don Palante le pregunta al Franco si su amor es “por vía deshonesto” o “por vía santa y honesta de casamiento”, éste responde:

“Señor tío, dixo el Franco, a quien yo tan sin comparación amo como a Verónica mi señora, no es razón que yo la ofenda con obra ni con pensamiento feo ni desonesto”. (p. 1129).

De este modo se plantea el hecho de que no ama de verdad quien pretende a la persona amada por vía deshonesto. Así, el verdadero amor se manifiesta en el deseo de realizarlo mediante el casamiento.

Esta visión del amor parece estar en contradicción con el amor cortés, cuya ideología suelen reflejar los libros de caballerías, ya que uno de sus supuestos básicos es que el amor no puede darse entre los cónyuges¹¹. Esto es cierto si se entiende el amor cortés como una actitud vital, pero no si se usa como una estrategia de conquista. En el texto, en este segundo sentido, no faltan elementos propios del amor cortés, aunque han sido adaptados a la interpretación matrimonial del amor. Tomemos, por ejemplo, las características que señala Menéndez Peláez, siguiendo a C.S. Lewis: humildad, cortesía, religión del amor y aduterio¹². Por supuesto, en el “Libro Segundo” de *Tristán* falta toda indicación de que el amor sólo pueda existir fuera del matrimonio (no así en el “Libro Primero, que desarrolla la materia tristaniana tradicional, basada en unos amores adúlteros que Denis de Rougemont¹³ relaciona con los esquemas del amor cortés y del catarismo).

El amor cortés se convierte, mediante la supresión de algunos de sus elementos, en un ritual de conquista. Se conserva la característica de la humildad del caballero ante la dama, pero desaparece, por ejemplo, la obligación de la ésta a recompensar con su amor sus servicios. Es verdad que los amores encaminados al matrimonio son siempre correspondidos, pero esta correspondencia surge de modo espontáneo y no se presenta como un deber. El galanteo no compromete a nada a la dama (p. 825). El es su servidor, “su” caballero. De este modo, el protagonista se siente feliz cuando la amada lo toma “a su sueldo”, lo que establece una relación de dependencia del caballero respecto a ella, que se convierte en su señora no sólo a nivel alegórico, sino también en la realidad (p. 1189-1190). El enamorado deja de ser libre para convertirse en cautivo:

(11) Andrés el Capellán cita un juicio de María de Champaña según el cual el amor no es compatible con el matrimonio porque la esposa no puede rehusar las demandas del marido ni ofrecerle libremente el galardón de su amor. (Andrea Capellanus, *De amore*, Barcelona, El Festín de Esopo, 1984, p. 350).

(12) Jesús Menéndez Peláez, *Nueva visión del amor cortés*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1980, pp. 95-132.

(13) Denis de Rougemont, *El amor y occidente*, Barcelona, Kairos, 1978, pp. 15-57.

“¡Ay de mí, que era libre y agora soy cativo! Solía burlar de los enamorados, y agora el amor tiene dominio sobre mí”. (pp. 119-1191).

El carácter de siervo del enamorado se pone de manifiesto en la declaración de Félix a Talancia:

“Engañada estáis, dixo Félix, que vos sois mi señora, y yo vasallo y siervo vuestro”. (p. 1016).

Si el rasgo de la humildad se mantiene, también ocurre así con la característica de la cortesía: los caballeros enamorados serán siempre hermosos, medurados, valerosos, corteses, de buen linaje y servidores de las damas¹⁴. Don Palante es uno de los personajes que más destacan en cuanto a cortesía (pp. 609-610). A la hora de concertar su matrimonio se resaltan sus cualidades. Dada la indisoluble unión que el autor establece entre amor y matrimonio, las cualidades requeridas para el marido son las mismas que el amor cortés pide para el amante (pp. 849-850).

Se modifica notablemente la característica de la religión del amor, el cual jamás se presenta como un dios. La amada nunca toma el lugar de una diosa y no se implora su protección en las batallas. ¿Qué queda, pues, de la religión del amor?. Muy poco: por una parte, la amada es receptáculo de toda belleza y virtud, y por lo tanto, digna de todo respeto y amor (p. 1190), y por otra, puede dispensar el premio o el castigo (p. 1191). El caballero percibe a la amada como un ser superior en perfección. Sin embargo, esta percepción es fruto del amor. El autor deja bien patente que el enamorado está dotado también de todo género de virtudes. No existe, pues, adoración a la dama, sino reconocimiento de su superioridad. A causa de la pasión que siente el caballero, la dama es quien puede situarle en el cielo o en el infierno, aceptándolo o rechazándolo. Como puede verse, la religión del amor queda extraordinariamente disminuida.

El libro presenta también a mujeres enamoradas. En esos casos la relación se invierte: la dama es la suplicante, la humilde; el amado es el ser superior que puede dispensar la felicidad o la muerte (pp. 1075-1076).

Otros rasgos del amor cortés también están presentes en el libro. Por ejemplo, el enamoramiento se produce normalmente a través de la vista, a la manera de flechazo:

“Y dígovos que el Cavallero Estraño nunca partía los ojos de la infanta, ni podía, ca los sus amores le avían puesto fuego al su coraçón, que lo forçavan a que nunca de la infanta los partiesse. Lo cual sintió y conoció la infanta claramente porque assí mesmo no apartava los ojos d’él”. (p. 1189).

(14) Una de las reglas del amor que enumera Andrés el Capellán dice que “sólo la integridad moral hace a alguien digno del amor”. (Andrea Capellanus, *De amore*, Barcelona, El Festín de Esopo, 1984, p. 365).

También son tradicionales del amor cortés los sufrimientos que padece el enamorado:

“Muy cuidadoso y muy cuitado tenía el su corazón el Cavallero Estraño de amores de la infanta doña María, y en el su aposento en casa de Palisendo dava mil sospiros y torcía sus manos. Y a vezes se passeava, y a vezes se sentava, y a vezes se levantava, y ni en lo uno ni en lo otro descansava, antes las llamas que el su corazón abrasavan se avivavan y cobravan mayores fuerças” (p. 1190).

Todos esos sufrimientos cesan con la posesión de la amada, que se realizará tras el matrimonio. Como en el amor cortés¹⁵ y como en la lírica tradicional hispánica, el amor se encamina hacia una realización sexual.

La timidez, el miedo a hablar con la dama, es otra de las características presentes, si bien hay que decir que el enamorado la supera pronto, pues, al ser sus intenciones honestas, no pueden ofender a la dama. Ninguno de los protagonistas tiene necesidad de un confidente que declare su amor a su señora por él. Félix, que parece estar en ese caso, pues aún no se ha declarado a Talancia y sufre mortales tormentos por ella, toma la delantera al rey don Tristán y a su madre, que pensaban servirle de casamenteros, y se promete por palabras de presente antes de que éstos actúen (pp. 1113-1117).

El esquema formal que se sigue en la relación de las parejas está tomado, así pues, del amor cortés, aunque el contenido de ese amor no responda a los presupuestos que caracterizan a éste. Los pasos seguidos por los personajes son los siguientes:

—Enamoramiento por la vista, que en muchas ocasiones es recíproco (Trinea, p. 810; Ginebra, p. 921; Félix, p. 1011; la duquesa de Fenicia, p. 1075; el Franco, p. 1127; el rey don Tristán y doña María, p. 1189).

—Sufrimientos del enamorado o enamorada (Ginebra, p. 939; Loringa y la duquesa de Fenicia, p. 1075-1076, Félix, p. 1013; don Tristán, p. 1190).

—El caballero declara su amor a la dama y ella lo recibe por suyo y empieza a mostrarle cierto interés (Verónica, p. 1135; Esforcia y don Palante, pp. 815 y 830-837, don Tristán, p. 1190).

—El caballero corteja a la dama, demostrando su cortesía y su valor (Plácido, p. 705-706, don Palante, p. 833; don Tristán, p. 1196).

—Se corcierta el matrimonio, normalmente a través de otra persona (el de don Palante y Esforcia a través del maestro Fabricio, pp. 849-851; el del Franco y Verónica a través de don Palante, p. 1136; el de don Tristán y doña María y el de don Juan e Iseo, a través del piloto don Juan de Lara, p. 1208-1210).

(15) La poesía cortesana, la novela sentimental y la caballeresca participan de las ideas medievales sobre el amor. Keith Winnom, en su edición de *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro (Madrid, Castalia, 1971, p. 37), señala: “Todo el mundo, incluso los poetas, veía el deseo sexual como fuente principal y tal vez única del amor”.

—Ceremonia de matrimonio y consumación de éste (Gorvalán y Brangel, p. 577; Plácido y Tulia, pp. 713-714; don Palante y Esforcia, pp. 856-863; Félix y Talancia, pp. 1016-1018; el Franco y Verónica, pp. 1138 y 1165-1166; don Tristán y doña María, pp. 1221-1222; don Juan e Iseo, p. 1238).

Pudiera pensarse que la ideología del autor sobre la castidad le induciría a tomar un tono moralista y a atacar el sexo¹⁶. Sin embargo, el amor, tal como lo presenta el “Libro Segundo” de *Tristán*, no es en ningún caso un afecto exclusivamente espiritual. El sexo forma parte de la esencia del amor, pues, si bien es cierto que para el nacimiento de éste son necesarias también las cualidades morales, no es menos cierto que la pasión y el sufrimiento que consume a los enamorados antes de la boda es de índole claramente sexual, y sólo encuentran descanso en la consumación:

“y, puesto que era de día, y salido el sol, lo hizieron noche, y se acostaron los novios en un rico lecho, donde el corazón del cavallero fue satisfecho”¹⁷. (p. 1018)

Las características del amor cortés se cumplen en parte en el texto, pero éste se adapta mucho mejor a una variedad del amor cortés que A.A. Parker¹⁸, siguiendo a R. Nelli¹⁹, denomina “amor caballeresco”. La principal diferencia entre ambos tipos de amor estriba en su posición ante la mujer: para el amor caballescico la mujer es accesible, el valor, la generosidad y la lealtad del caballero deben obtener recompensa, no existe el amor imposible y la castidad es temporal; para el amor cortés el amor es imposible a causa de la superioridad de la dama, que la hace inalcanzable, y el hecho de que ella esté casada es un obstáculo más a la consumación. El amor caballeresco estuvo vinculado desde su origen a la novela, mientras que el amor cortés se asociaba a la poesía. En el “Libro Segundo” del *Tristán* de 1534 se sigue más de cerca la línea del amor caballeresco que la del amor cortés, mientras que el “Libro Primero” ocurre lo contrario.

Otro aspecto digno de consideración al analizar la novedad de la postura del autor respecto al matrimonio es la situación de la mujer con referencia a éste. Mariló Vigil señala que “una de las cosas que más deseaban las mujeres, aparte de ser hermosas, era casarse”²⁰. Esta afirmación se comprueba efectivamente en la novela. No se concibe para la mujer otra salida distinta:

(16) La Iglesia era contraria a las relaciones sexuales cuyo fin no era la reproducción. Condenaba el placer incluso dentro del matrimonio. Los casados debían abstenerse del comercio carnal durante el embarazo y la lactancia. Véase Keith Winnom, “Introducción” a Diego de San Pedro, *Cárcel de amor*, Madrid, Castalia, 1971, p. 10.

(17) Otro ejemplo en el que se evidencia esto se encuentra en la página 1222.

(18) Alexander A. Parker, *La filosofía del amor en la literatura española, 1480-1680*, Madrid, Cátedra, 1986, pp. 29-30.

(19) René Nelli, *L'erotique des troubadours*, Toulouse, 1963.

(20) Mariló Vigil, *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Siglo XXI, 1986, p. 78.

“... vos ruego no lloréis, que vos doy mi palabra real de ser muy brevemente con vos, y no vos desampararé; y, venido, trabajaré de vos dar marido tan grande señor como yo, y mayor, si yo pudiere”. (p. 911).

Más evidente aún es el deseo de casarse en el personaje de la duquesa de Saxonia, mujer ya anciana que sirve de diversión a las mozas al querer competir con ellas por un marido:

“En mala hora acá venistes, que tan hermosa sois que avéis de enamorar todos estos cavalleros, y yo quedarme desechada, que no me querrá ninguno”. (p. 817)²¹.

Otra opción, que apenas si se menciona en la novela, era la de meterse monja. Esta posibilidad no merece la consideración del autor, que la plantea como una broma (p. 1219). Tampoco merece su atención la situación de las viudas: tan sólo una aparece en la novela, y muere pronto, sin apenas desempeñar ningún papel (se trata de Belsia, pp. 648, 680). La atención del autor se centra en la mujer casadera y en la casada, pero, sobre todo, en el tránsito de un estado a otro. Por este tránsito pasa casi la totalidad de los personajes femeninos: Brangel, Tulia, Esforcia, Talancia, la duquesa de Fenicia, Casilda, Verónica, Armenia, doña María e Iseo. Elisea y la duquesa Armenia ya se habían casado en el “Libro primero”. Sólo dos personajes siguen una opción diferente: Sargia, la gran sabidora, que vivió feliz con su amante hasta la muerte de éste, y la reina Trinea, cuya pasión malogró sus posibilidades matrimoniales. Sin embargo, el caso de Sargia es excepcional: se trata de una gran “sabidora en las artes mágicas”, lo cual la sitúa fuera del común de los mortales. Además es natural de Constantinopla, por lo que no se le pueden aplicar las costumbres occidentales (pp. 640-641). Lo mismo ocurre con Trinea, reina del mítico pueblo de las Amazonas. Así pues, la mayoría de las mujeres que aparecen en la historia están en edad de casarse, desean hacerlo y consiguen su propósito.

Las normas de la época exigían que la mujer no tomara parte en la elección de su futuro esposo²². Esta labor corría a cargo del padre o el varón de la familia que ocupara su lugar. Esta situación se refleja en el caso del matrimonio de la infanta Iseo; su hermano el rey toma a su cargo el casarla, le escoge marido, se lo comunica y, tras conocer la sumisión de ella a su decisión (y hay que notar que Iseo consiente en la unión antes de ver al novio, confiando plenamente en el juicio de su hermano), programa la boda (pp. 1209-1215, 1234-1238). Don Tristán no se plantea en ningún

(21) Otro ejemplo significativo puede encontrarse en la página 792.

(22) Mariló Vigil (*op. cit.*, p. 81) recoge la opinión de Vives, quien señala que las doncellas no deben hablar cuando sus padres tratan de los casamientos, y se manifiesta en contra de que éstas demuestren externamente que desean marido. La intervención de la mujer en su propio destino debía limitarse a rezar y hacer votos para que Dios ilumine a sus padres.

momento una posible oposición por parte de su hermana y, efectivamente, no la encuentra:

“Y pues que escogiste para darme por marido al rey don Juan de Castilla, yo creo que deve ser tan buen cavallero que yo deviera ser mucho más para poderlo merecer”. (p. 1215).

Sin embargo, este esquema de sumisión absoluta a la autoridad masculina por parte de la mujer tan sólo se plantea en este caso, atenuado tal vez por el afecto recíproco que existe entre Tritán e Iseo y por el hecho de que el hermano es también el rey, lo que convierte sus decisiones en indiscutibles. Si el autor cede aquí a las exigencias de los moralistas, queriendo quizás dotar a la infanta de una perfección sin mácula, en los casos restantes se muestra decididamente favorable a la intervención de la mujer en su propio destino. El ejemplo más sobresaliente es el del matrimonio de Tulia, quien, conociendo el afecto que Plácido le profesa, decide pedir al rey que se lo conceda por marido:

“Ya Vuestra Alteza sabe cómo yo soy gran señora de Egipto y salí de mi señorío por sanar de la enfermedad que Vuestra Alteza me sanastes; y pues de vuestra mano llevo sanidad, querría assí mismo de vuestra mano llevar marido, y que sea del vuestro linage. Y si vos plugiesse darme a Plácido, con él será el mi corazón muy alegre, y el mi señorío defendido”. (p. 713).

En el caso de Tulia se podría argumentar que es una extranjera, una gran señora y, al parecer, no tiene parientes masculinos, pero una situación parecida se da con Talancia, que acepta el enlace con Félix sin consultarlo con nadie (p. 1016). Talancia es huérfana, pero su autonomía a la hora de decidir casarse es casi mayor que la de Tulia, pues ni siquiera pide permiso al rey.

No es corriente que sea la dama la que tome la iniciativa a la hora de concertar el matrimonio. Normalmente ésta parte del caballero, quien tiene muy en cuenta la opinión de la dama antes de solicitarla. Otras veces es el rey directamente el que dispone el casamiento. Es de notar que en la novela no se pide nunca el consentimiento del padre. Con frecuencia son los enamorados los que se concertan entre sí y luego se casan mediante la intervención del rey. Esto contrasta con la realidad española de la época, ya que, según testimonia Marcellin Defourneaux, el matrimonio era acordado por los padres sin tener en cuenta los sentimientos de su hija²³. Esto ocurría también en Francia, donde, según Claude Dulong, incluso en el siglo XVII los padres seguían concertando, no sólo los matrimonios de sus hijas, sino también los de sus hijos²⁴. Sin duda el autor expone aquí, en un con-

(23) Marcellin Defourneaux, *La Vida cotidiana en la España del Siglo de Oro*, Barcelona, Argos Vergara, 1983, p. 114.

(24) Claude Dulong, *La vie quotidienne des femmes au Grand Siècle*, Hachette, 1984, pp. 35-74.

texto idealizado, la situación que considera deseable. De la libre decisión de los contrayentes es un buen ejemplo la historia de los amores de don Palante y Esforcia: don Palante le declara sus sentimientos y le pide que le acepte por su caballero, Esforcia medita sobre ello y accede a su petición; luego, a través del maestro Fabricio, el enamorado pregunta a su dama si estaría dispuesta a casarse con él (maestre Fabricio, además de plantear la pregunta, canta las alabanzas de su recomendado), y ella consiente en ello de manera indirecta, de forma que queda a salvo su respetabilidad:

“Y con tal persona como vos yo he por bien declararme: yo amo mucho al rey don Tristán y a su hermana la infanta; lo que ellos mandaren que yo haga, haré con muy alegre voluntad”. (p. 850).

A partir de este momento el casamiento queda en manos del rey y la infanta, quienes se encargarán de solicitar oficialmente la mano de Esforcia para don Palante (p. 856). Como ya se ha dicho, en algunas ocasiones la iniciativa del enlace parte del rey. Puede servir de representante la unión de Elisandro y Armenia, uno de los pocos “matrimonios de conveniencia” que presenta la novela. Armenia es todavía una niña y don Tristán decide su boda con Elisandro por razones políticas, ya que Armenia es la heredera del ducado contiguo al condado de Elisandro (p. 1147).

Resulta evidente que el autor concede un importante papel a la mujer en la elección del esposo, sólo atenuado por la proclamación de la decisión real como superior. Esta atención a la mujer no se limita a su relación con el matrimonio y el amor, sino que se amplía a otros frentes. Esto es extraordinario en las novelas de caballería de la época, en las que la dama no es sino un pretexto para mostrar la perfección en el amor del caballero. Ni siquiera en el *Amadís*, donde Oriana desempeña un protagonismo fundamental para el desarrollo de la novela, recibe la mujer (no tal o cual personaje femenino) tanta atención como en el “Libro Segundo” de *Tristán*. La infanta Iseo cobra, en ocasiones, tanto protagonismo como su hermano (véase el capítulo CLVI, en el que la infanta “gana” la aventura del cofre del secreto), pero no es más que otro personaje. El auténtico coprotagonista de la obra, junto a Tristán, es la mujer como grupo. Las páginas dedicadas a las damas, a su vestuario, a sus intenciones, a sus sentimientos... son muy numerosas, y se equiparan a las dedicadas a narrar las aventuras bélicas. Al lado de una aventura caballerescas y, en la mayoría de los casos imbricada en ella, se sitúa casi siempre una aventura de tipo amoroso en la que la mujer tiene un papel decisivo. En medio de torneos tienen lugar los amores de Plácido y Tulia, los de don Palante y Esforcia y los de don Tristán y la infanta doña María. Las primeras aventuras del rey como caballero se ven amenizadas por el relato de las persecuciones amorosas que sufre por parte de Ginebra, la señora Florinea, la duquesa de Fenicia y Loringa. Los caballeros que acompañan a Tristán se van enamorando uno a uno, y los relatos de las sucesivas conquistas de la amada respectiva se van escalonando.

nando a lo largo de las aventuras caballerescas. Pero, como ya se ha dicho, el papel de las damas no se limita sólo al amor: se nos habla también de su vestuario y de su belleza (pp. 680-681), de su educación y actividades cotidianas (p. 913), de sus conversaciones y entretenimientos (p. 852) y de sus sentimientos y emociones (p. 834). Se nos deja entrever así un mundo distinto del masculino, preocupado por la moda y por la hermosura, cuyas diversiones son diferentes de las de los caballeros, cuyas actividades son también distintas y en el que tienen gran importancia los sentimientos.

En cuanto al ritual que acompaña al casamiento, está claramente establecido. Al contrario de lo que ocurre en otros libros de caballerías, no se hace mención del recurso al matrimonio secreto: no hay razón para él. Los enamorados no tienen que batallar contra ningún padre intransigente y el rey favorece los enlaces. Damas y caballeros, afortunadamente, se enamoran de la persona que les conviene como cónyuge (cuando esto no ocurre, tampoco se da el enamoramiento recíproco). Sin duda, esto forma parte de la estrategia del autor a favor del cumplimiento de todos los legalismos y rituales matrimoniales de la época, escalonados en dos ceremonias: el desposorio o compromiso de los contrayentes y el casamiento o ceremonia de “velarse los novios”.

El desposorio seguido de unión carnal constituía ya de por sí un auténtico matrimonio²⁵, pero el autor se muestra legalista e insiste en todos los casos en que éste no se realiza hasta después de velarse los novios:

“Y el duque don Palante se quisiera quedar aquella noche con la duquesa su esposa, pero ella, como muy buena christiana, no quiso fasta que fuessen velados y recebidas las bendiciones”. (pp. 861-862).

El ritual del desposorio era en realidad lo que se rodeaba de más fiestas y celebraciones. Consistía en hacer pública la decisión de unirse por parte de los contrayentes, delante de un eclesiástico y de testigos:

“Y el obispo tomó las manos a don Palante y a la duquesa y dixo las palabras que la Santa Madre Iglesia manda, a las cuales don Palante y Esforcia dixeron “si otorgo” y “si recibo”. El obispo dixo: “Nuestro Señor Dios vos guarde de mal y vos haga buenos casados, y vos gué para el su santo servicio”. (p. 860).

Más difuminada aparece la ceremonia de “velarse”, cuya esencia era la bendición de los esposos durante la misa (p. 863). Se resalta el hecho de que a esta ceremonia sigue la unión carnal. Con la insistencia evidente en los diferentes pasos que daban lugar al matrimonio el autor parece querer transmitir una teoría personal respecto a éste, teoría que ya podía verse apuntar en los tipos de amores presentados. El autor es un decidido partidario

(25) Justina Ruiz de Conde, *El amor y el matrimonio secreto en los libros de caballerías*, Madrid, Aguilar, 1948, pp. 3-31.

de este modo de canalizar la sexualidad, aspecto que no niega nunca, aunque muestra la conveniencia de reprimirlo hasta el momento de la boda. También está a favor del respeto a las reglas sociales y a la autoridad, por lo que apoya sin reservas el cumplimiento de todos los requisitos legales en el matrimonio.

El respeto por la sociedad que muestra el autor conduce a analizar otro tema: las connotaciones sociales del cambio de estado. Un ejemplo tras otro muestran que el enlace del caballero coincide con su ascenso social o con el reconocimiento de su madurez y, por tanto, de la posición que le pertenece dentro de la sociedad. Plácido se convierte, al casarse, en gran señor de Egipto, y, poco después, en rey de ese país (capítulo CXIX y CXXII). Don Palante, al casarse con la gran duquesa de Milán, se convierte en duque. Ambos participan de la honra de su esposa, pero se resalta en hecho de que, por sus cualidades personales, merecen ese ascenso, y, más importante aún, merecen el amor de sus damas. Félix recibe el señorío de Fuerteventura al tiempo que se casa, y esto refuerza su posición, ya que Talancia es una de las principales damas de la isla. De igual modo el Franco y Elisandro reciben un condado a la vez que se prometen. Don Tristán, que después de recibir la orden de caballería recorre el mundo como caballero andante, desde el momento en que se casa parece tomar plena conciencia de su posición regia. El libro termina porque, una vez casado, don Tristán tiene que asumir plenamente sus responsabilidades como rey y ya no tendrá disponibilidad para participar en más aventuras. Incluso cuando le desafía Amagrafo no parece deseoso de entrar en batalla y deja que sus amigos respondan por él, aunque acaba por aceptar el desafío ante la insistencia del gigante (pp. 1248-1249). Un rey como él ya no debe rebajarse a combates singulares con jayanes desmesurados, si no es en caso de extrema necesidad.

En conclusión, puede decirse que el autor ha aprovechado todas las posibilidades que le ofrecía el argumento para dejar bien clara la conveniencia del matrimonio, que se identifica con la madurez y con el desempeño de unas funciones sociales. Propugna un tipo de amor encaminado hacia la unión de los enamorados legalizada por la Iglesia. Hay una fuerte desaprobación de los amores extramatrimoniales, ya sean adúlteros o no. El amor cortés pasa a ser un ritual de conquista, y no una forma de vivir el amor. Este no es en el libro una religión, sino un impulso, de claro ascendiente sexual, que se sublima en el matrimonio y cuya satisfacción es indispensable para la felicidad. Del desarrollo de los episodios puede deducirse que el autor es partidario de la participación de la mujer en la elección de marido y en la vida social. Su actitud, frente a los rígidos moralistas de la época, resulta muy moderna. Su visión de la mujer se aleja, en la medida de lo posible, de los tópicos, mostrando al lector un ideal femenino cercano a la realidad: mujeres que se ríen, que se divierten solas, que se enamoran, que muestran interés por los caballeros que dicen quererlas, que se arriesgan al amor sin compromisos o que buscan ante todo el matrimonio, que sufren

por la ausencia de sus caballeros, que son tímidas y ruborosas o decididas y valientes... El retrato de la mujer no se ajusta ya a los modelos artúricos²⁶ ni, a pesar de pretender mostrar un ideal, a las exigencias de los moralistas. Los personajes femeninos no son tópicos repetidos, sino que cada uno de ellos manifiesta una individual forma de femineidad²⁷. En contraste con la materia tristaniana tradicional, que presentaba el amor como un factor destructor que desencadenaba inevitablemente la tragedia, concibiéndolo siempre ligado al adulterio, el "Libro Segundo" de *Tristán* lo muestra como un factor estructurador de la sociedad, que conduce a la felicidad y cuyo canal es el matrimonio. La edición de 1534 pretende ofrecer otro modelo frente al artúrico, que el autor considera ya en decadencia: una nueva sociedad en la que priman los valores caballerescos, la perfección moral y el amor matrimonial.

(26) Las novelas artúricas están repletas de doncellas que acompañan a los caballeros durante sus aventuras, que se ofrecen a ellos, que son sus "amigas", y de mujeres que disfrutan del amor fuera del matrimonio. Véase José Enrique Ruiz Doménech, *La mujer que mira (Crónicas de la cultura cortés)*, Barcelona, Quaderns Crema, 1986, pp. 69-96.

(27) En la prosa castellana del XV la concepción de la mujer gira en torno a dos polos: la misoginia y la idealización. Como señala Elena Gascón Vera ("La ambigüedad en el concepto del amor y de la mujer en la prosa castellana del siglo XV", en *Boletín de la Real Academia Española*, t. LIX, pp. 119-155), ninguna de las dos posturas permite ver a la mujer real: para unos autores la mujer es fuente de pecado; para otros es el objeto ideal que ennoblece al hombre. El "Libro Segundo" de *Tristán* muestra cierta evolución en esta postura, aunque la idealización siga obrando en él.